

Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

Instantáneas

(Alberto Santías y G. de Figueroa.)



Hace una *Gula* al año, gana en diez días
más que los novelistas y los autores...
¡Conque á ver si hay quien jure que no es Santías
el más listo de todos los escritores!

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Ideal manchado, por Luis de Ansorena.—Ojo con los pavos, por Eduardo de Palacio.—Carta de un dómine, por Juan Pérez Zúñiga.—Palique, por Clarín.—Lo que hay que saber, por Rafael Torromé.—Nuestros ilustrísimos, por José M. Matheu.—Libros.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Instantáneas: Alberto Santías y G. de Figueroa.—El veredicto.—Actualidades (cuatro viñetas.)—Soledad.—Atalajes femeniles, por Cilla.



Todos los años aparece una plaga nueva, y ahora tenemos el carbunco, ó pústula maligna que se presenta en el pescuezo.

Unos médicos atribuyen la pústula á una mosca que ha comido bife de res que se ha echado a perder; otros se lo achacan á las carnes, otros á la brecolera y otros á los cuellos postizos.

El caso es que hay personas por ahí con carbuncos en el cogote, lo cual, sobre ser antiestético, produce escozor y origina gastos.

No se sabe qué haya fallecido ninguno de los dolientes; pero, de todos modos, conviene que se busque el origen del mal para corregirlo.

Al efecto, se va á establecer una brigada de obreros del municipio encargados de matar todas las moscas que se encuentren y no acrediten su buena conducta.

*
**

Ya no se puede uno fiar de nada, ni siquiera del pan.

Un doctor ruso asegura que el pan frío está lleno de microbios de todo género, desde los más humildes á los más patógenos; de manera que ya no sabe uno qué comer ni cómo sustraerse á los horrores de una defunción prematura.

Desde que se ha descubierto la existencia de los microbios, no hay quien viva tranquilo.

Á medida que las ciencias adelantan «bárbaramente», decae el espíritu de los mortales, que se ven cercados por todo género de peligros.

Va uno á comer una pera lozana, y se estremece; quiere uno beber agua cristalina, y tiembla.

Los microbios viven en todas partes, y hay microbios hasta en las zapatillas de orillo.

No hace mucho tiempo que un doctor de la provincia de Cuenca descubrió la existencia de un *bacillus* en los calcetines sin costura. El *bacillus calcetorum*, que así se llama el nuevo enemigo de la humanidad, se dedica á roer lentamente los talones de las personas, prefiriendo siempre á las personas solteras. Cuando se ha cansado de roer, deposita una sustancia verdosa en el talón y vase.

Asombra el pensar cuán numerosas pueden ser las víctimas de este nuevo *bacillus* si no se procura exterminarlo.

Casi todos usamos calcetines, aunque nos esté mal en decirlo, y el doctor dirige actualmente sus esfuerzos á conseguir la destrucción del microbio. ¿Cómo? Embriagándolo.

Uno de estos días sabremos si lo ha conseguido, y entretanto, vivamos ojo avizor, pues la muerte surge cuando menos se espera.

*
**

Antes vivía uno mejor, porque ignoraba la existencia de muchos venenos, mortales todos de necesidad. Hasta hace poco tiempo no sabíamos, verbigracia, que el sombrero hongo segrega un líquido de efectos siempre terribles.

Por ahora no ha producido ninguna víctima, pero ya la producirá en cuanto la ciencia descubra á qué clase de sustancias pertenece el líquido de los hongos.

¡Con qué dulce calma veníamos comiendo el pan amasado con el sudor del rostro!

Pues bien, el doctor ruso lo ha descubierto recientemente: el pan, como dejamos apuntado, encierra peligros indubitables para la salud, y esta noticia ha caído como una bomba en muchos hogares.

Para neutralizar los terribles efectos del microbio del pan, hay familias que lo mojan en aguardiente alcanforado, y otras que lo comen en sopa, á fin de darle un hervor al microbio y dejarle sin fuerzas; pero, de todas suertes, lo más acertado es prescindir del pan en absoluto y dedicarse al bizcocho más ó menos borracho. En éste no puede existir el microbio, y si existiera sería en completo estado de embriaguez.

Mucho ha adelantado la ciencia, grandes son las conquistas de la microbiología; pero la verdad es que va á llegar tiempo en que no sepamos qué comer, ni qué ponernos, ni dónde acostarnos.

Con el tiempo viviremos agarrados al microscopio, á fin de que no nos hagan daño los *bacillus*, y antes de hincarle el diente al melocotón más inofensivo, le aplicaremos al aparato.

Desde el momento en que existen microbios hasta en las personas limpias, no nos acercaremos á nadie sin una previa inspección microscópica, y para no tener que molestarnos diremos muchas veces á la criada:

—¿Quién está ahí de visita?

—La señora del segundo, que viene á hablar con el señorito.

—Bueno, pues coge el microscopio y reconócela. Si le encuentras algún *bacillus*, dile que se vaya ó que se cueza.

—¿Y si no quiere?

—Le das tú misma un hervor. Yo no quiero exponerme á coger microbios...

Luis Taboada.

★

Ideal manchado.

—La ley de la igualdad—dijo el anciano— es una ley indestructible, eterna...

¡No hay en el mundo un ideal más grande, de más justicia ni mayor nobleza!—

Y—¡Tiene usted razón!—dijo aquí un hombre de facha innoble y de mirada aviesa.—

Todos somos iguales, y ¿quién duda que es para todos cuanto el mundo encierra? Y las infames leyes que han creado, por capricho tal vez ó conveniencia de algunos egoístas, esas trabas al disfrute de cosas que son nuestras, es decir, de la masa, son absurdos que no sé cómo diablos se toleran.

—Vamos con calma—respondió el anciano mirando al que así hablaba con fijeza.—

El principio es el mismo, pero pueden ser distintas tal vez las consecuencias que saquemos tú y yo... ¿Cómo concibes tú la igualdad universal?

—¡Es buena la pregunta de usted!... ¿Cómo? Pues, hombre, ¿acaso hay más de un modo de entenderla?

Verá usted si me explico... Lo primero: igualdad absoluta en la riqueza...

Nada de que unos se harten, y otros pobres, de condición igual, pasen miserias...

Robo es la propiedad... Lo dijo un sabio. ¿Y quién puede dudar cosa tan cierta?

¿La tierra no es de todos? Pues no cabe hacer distintos lotes de la tierra y dárselos á varios, para que otros se queden á la luna de Valencia.

¿Es esto un disparate?

—Sigue.

—Sigo.

Con respecto al amor, igual sistema; quiero decir que irrita que unos pocos acaparando las mejores hembras impidan, porque sí, que ellas se vayan, cuando se cansen de ellos, con cualquiera. Ya sé que, muchas veces, las mujeres rompen con tal costumbre, y que remedian el absurdo... y se van... Pero... ¿qué ocurre? Pues que el mundo y las leyes las condenan,

y si el esposo les dispara un tiro,
le perdona la ley y el mundo aprueba...
De donde, claro está, muchas, por miedo,
aunque les falte voluntad, se quedan
con la rabia impotente del esclavo
que romper no consigue sus cadenas.
Hay quien le sale á usted con que así al menos
se salva la moral... ¡Moral de pegal
Que el re peto, el honor y la familia
repugnan y rechazan mis ideas...
¡El honor!... ¡Ya ve usted! ¿En qué consiste?
¡Que alce el dedo al instante el que lo sepa!
¡Familia?... ¡Otro egoísmo disfrazado!
¡Ficciones y rutinas y pamemas!
Pero sigo...

—No sigas... ¡Calla, idiota!
que á mí sí que me falta la paciencia
al ver que de una cosa que es tan grande
vais haciendo una cosa tan pequeña...
Hermosa es la igualdad... pero en la forma
que la concibes tú resulta fea...
¡Si vuestras manos sucias le acarician,
el mejor ideal manchado queda!
No pensamos lo mismo... ¡Yo te hablaba
de igualdad en los hombres... no en las bestias!

Luis de Ansorena.



EL VEREDICTO



—Ha llegado la nuestra. Mañana me echo á la calle con un fusil y empiezo á cazar acreedores. Y puede que la multitud me levante una estatua, tomándome por un in feliz que no puede vivir de su trabajo honrado.

¡Ojo con los pavos!

No hay previsión censurable ni perjuicio en el exceso de precauciones.

Relata ferro, que dijo el gran humanista.

Lo que voy á relatar es tomado del vivo ó del natural.

El pavo es un ave simpática, lo mismo para las altas clases que para las bajas y para las mediocres ó medioevales, ó como sea.

Le miran con cariño tanto los grandes como los chicos, las hembras como los varones.

Y aun hay mujeres hermosas y puras que arden en deseos en viendo á un pavo; como hay hombres que se perecen por algunas pavas robustas y sanas.

Un pavo emigrado, suelto, encontraría inmediatamente en cualquier país quien le tendiese una mano y aun dos manos protectoras y le llevase acuestas á la casa paterna ó materna.

¡El pavo es tan elegante en sus maneras!

Con esa caperucita encarnada, frac y calzón corto, siempre de gala, salvo el gorro frigio.

Tan orondo, tan satisfecho que parece que va contando la fábula de la lechera:

«Que va diciendo á todo el que lo advierte:

—Yo sí que estoy contento con mi suerte.»

La lechera sin los cántaros y sin... asistencia, que dicen algunas patronas.

La vida del pavo es corta.

Y aun hay personas que para encarecer las comodidades y holuras en que viven algunos hombres dicen:

—Posee una fortuna que no es moco de pavo.

Es verdad; el pavo encuentra siempre quien se le limpie, con cabeza y todo.

Pero como todas las clases sociales sienten legítimas aspiraciones de mejoramiento, los pavos no podrían sustraerse al movimiento general.

El espíritu de asociación, el espíritu de reunión, el espíritu de rebelión y el de satisfacción impulsan á la clase de pavos.

Aquellos pavos, nuestros antepasados, tan bien mantenidos, tan apacibles, tan sencillos en su trato íntimo, ya asados ó ya relleños, nunca hubieran pensado en asociaciones ni en derechos.

Espanoles antiguos, morían en pavo, bendiciendo «la mano de nieve que sabía arrancarles la cabeza» sin conmiseración alguna.

Y unos tenían panteón en *Botín House* y otros en casas principales.

Pero los conocimientos útiles se han generalizado, y hoy van á parar los huesos de pavo á las pepitorias que administran al incauto parroquiano en algunos restaurants con opción á cólico del *Trovador*.

Mueren más pavos de «muerte natural» que por enfermedades infecciosas ó á mano airada.

Esto había de excitar una protesta en la clase.

Efectivamente, los pavos se reúnen; me consta, aunque no es en mi ánimo delatarlos al Sr. Aguilera.

Se reúnen para protestar en un *meeting* y pedir á los poderes públicos veinte años de vida y aumento de cazuela, para no verse encogidos después de muertos y condimentados, si á esa edad hay personas que se los coman.

Desesperando de poder conseguir el fin laudable que se proponen, han empezado á ejecutar proyectos criminales fraguados en el misterio y las tinieblas.

Días pasados asistí furtivamente á una reunión de jefes del partido, y oí el relato de una venganza social horrible.

Un pavo adquirido por un burgués rico se dejó llevar al domicilio de «aquel bribón».

Los niños le recibieron con cariño y agasajándole con golosinas.

Las personas mayores, entre ellas una joven preciosísima, le pasaban la mano por el cuerpo y decían:

—¡Qué hermoso es! ¡Qué pechuga tiene!

¡Qué miradas tan ardientes le dirigían!

Y él, meditando su venganza, la de su clase, agradecía, al parecer, aquellas caricias, murmurando maldiciones ininteligibles más que para los pavos.

Cuando, pasados los primeros momentos de alegría y de exposición, le dejaron solo algunos momentos, buscó en la cocina y encontró dos cajas de cerillas.

—Valor—se dijo—y venganza.

Y devoró las cerillas.

Pasó algunas horas horribles... angustias, dolores.

Después... la muerte en medio de aquellos infames, que tanto le acariciaron al conocerle.

Lanzó una carcajada Romérica, y se dejó asar.

Pocas horas después expiraban, retorciéndose de gusto, dos personas de la familia.

¡Horror!

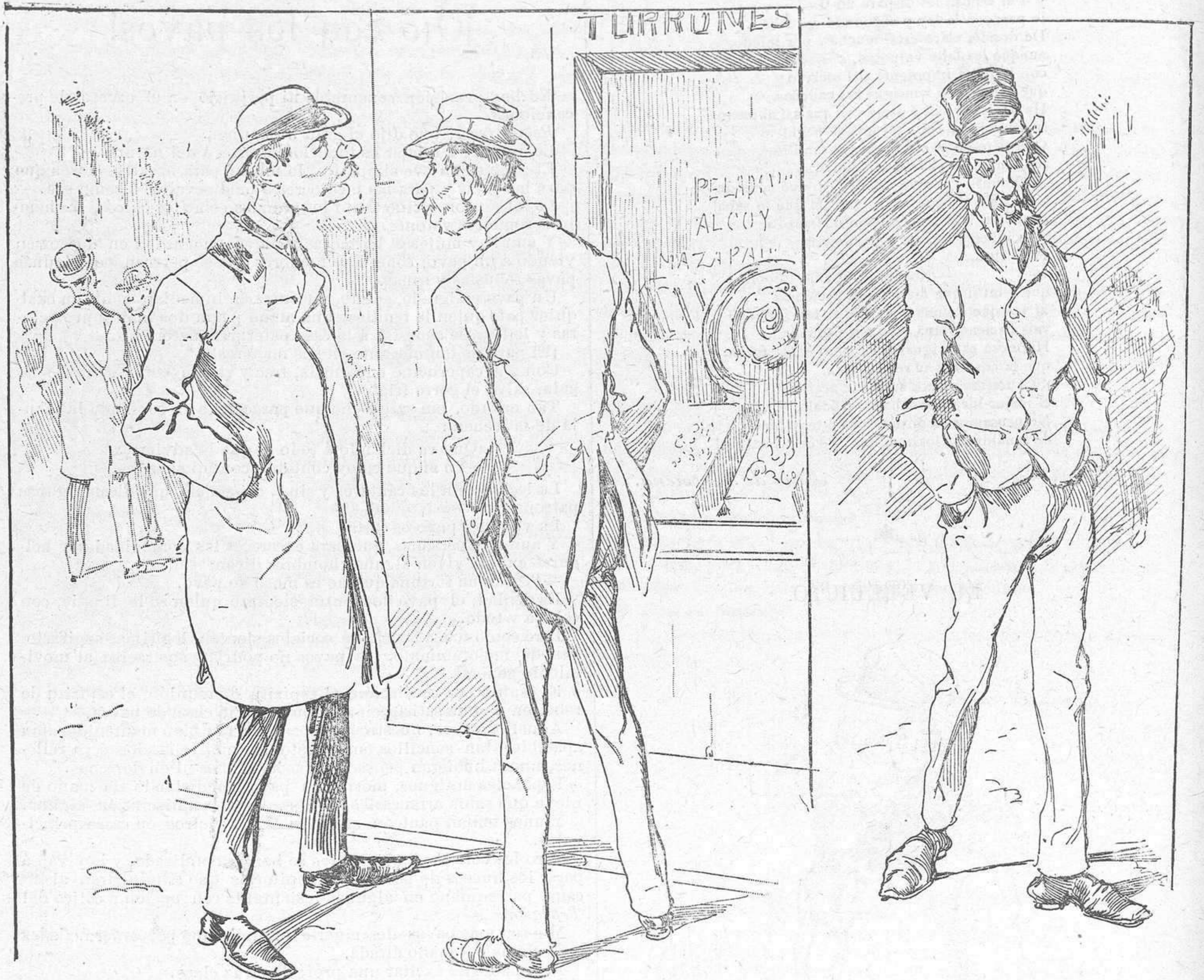
Y no será ese solo caso: he oído que alguno de esos degraciados piensa en rellenarse con dinamita, y en el momento crítico... ¡Pum!

¡Ojo, burgueses!

Eduardo de Palacios.



ACTUALIDADES

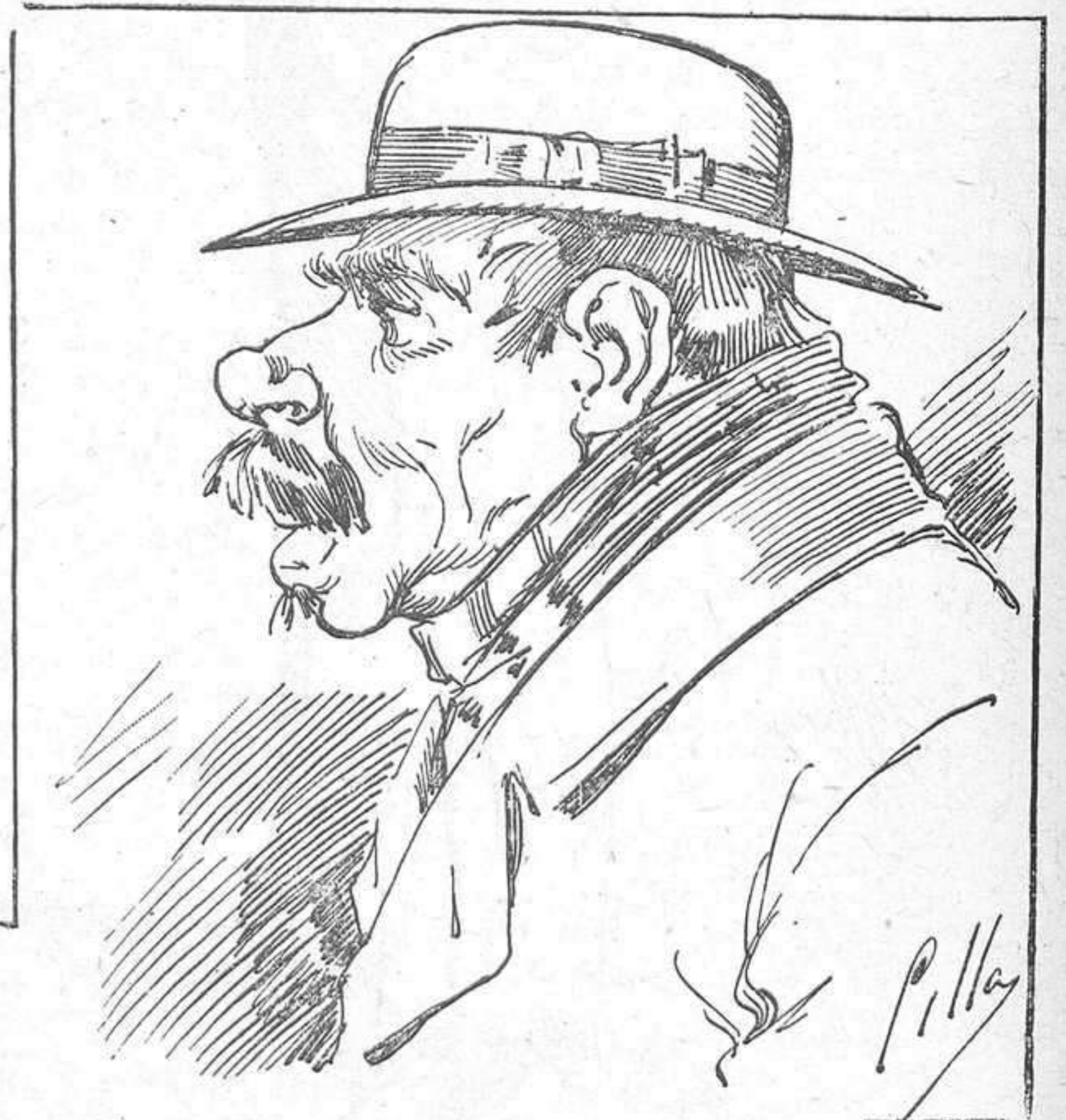


—¿Ves tú ese escaparate? Pues esa es la causa de que se haya concedido la autonomía á Cuba, de que todos adulen á Weyler y de que no se acaben las guerras.

—Si á mí me vistieran de mujer con ropa buena y me abandonaran en el campo... lo primero que haría en cuanto me quitaran las argollas sería empeñar el traje.



—Bueno, y en cuanto llegemos allí ¿qué decimos?
—¡Anda, Dios! pues ¿qué hemos de decir? ¡Viva Villuendas!



—Se conoce que en las casas de préstamos ya no admiten armas. Porque si las admitieran, el panadero hubiera podido llevar un cocido á su familia, y nos hubiéramos evitado un disgusto.

Pilla

Carta de un dómine.

Al señor empresario
de la Plaza de Toros de Madrid.
Yo, Cosme Silabario,
maestro elemental sexagenario,
que aún no he dado en el quid
de vivir sin comer
y me encuentro en Las Navas y en los huesos
con el sueldo mensual de cuatro pesos
y un tigre por mujer,
á usted acudo respetuosamente
y le expongo á mi modo lo siguiente:

¡No como casi nada!
Ayer me empapelé los intestinos
almorzando ante dos ó tres vecinos
La Voz del Magisterio en ensalada,
tras de hacer el tremendo disparate
de comerme dos *Fleuris* con tomate.
El hambre y la mujer son mi tormento
y no la echo los dientes á esta indina
porque por más horrores que la cuento
no se la pone carne de gallina
y no puede servirme de alimento.
Pues bueno, mi sobrino Luis Contreras
hoy me escribe que usted ha organizado
grandes luchas de fieras
en vista del soberbio resultado
que le dió la del tigre con el toro,
y aunque sufra con ello mi decoro,
como hoy mi situación es horrorosa,
le ofrezco á usted el concurso de mi esposa.
Sí, señor; mi consorte es una fiera
que bien puede ponerse con cualquiera.
Me consta que sus uñas tienen filo
y que puede á la vez, porque es muy mala,
con un tigre del Duque, un cocodrilo
y un toro de Bengala.
¿Usted cree que esta arpía
á prestarse á luchar se negaría?
¡Si casi lo desea!
¡Qué impresión puede hacerle á mi señora
pelear con un toro, si pelea
conmigo y en mi hogar á cualquier hora!
Nada, nada, empresario de mi vida,
contrátela en seguida,
pues se le ha de llenar la plaza entera,
mucho más si usted anuncia que la fiera
exhibirá en el coso
su traje natural, que es muy vistoso.
De usted aguardo el sustento,
mi querido empresario,
y usted sabe que es suyo siempre atento
y afectísimo

Cosme Silabario.

Á ruego del interesado,
por falta de fuerzas del mismo,

Juan Pérez Zúñiga.



Soledad.



—Es una desgracia no tener familia en Madrid. Porque no sabe una con
quién pasar la Nochebuena...

PALIQUE

Más hombres, no; más dinero, sí.
Hablo de Cuba.

Es probable que la guerra siga, á pesar de la autonomía, porque la autonomía no convence á todos, aunque convenza á muchos. Lo que hace falta es tener allí un ejército *positivo* con medios *positivos* de guerra. Si los insurrectos irreductibles ven que España no se pasa la vida haciendo el *último esfuerzo*, con heroísmos de agonizante, sino que se decide á pelear poco á poco *todo el tiempo que sea necesario*, esos señores echarán sus cuentas y acaso se aburrán y dejen libre el campo.

Los soldados que *quedan* (1) son bastantes para vencer, y cada día valen más. Cada uno valdrá por dos dentro de poco si se mejoran con dinero y honradez) las condiciones de alimentación, indumentaria, habitación, higiene, etc. Más valdrán 50.000 así que 100.000 de la otra manera.

Para esto hace falta enviar dinero, mucho más dinero. Una leva de millones. Que vayan.

¿Quién los ha de enviar? Los que los tienen. No se trata de que España entera pague. ¿Quién da la sangre? El que la tiene, el pueblo.

Que dé el dinero el que lo tenga.

Nada de empréstitos, ni de tributos indirectos, ni de esos otros que por el diablo de la ley de difusión van á dar donde menos se piensa. Nada de tributos de esos que apuntan al rico y matan al pobre.

Impuesto directo, no proporcional, sino progresivo limitado sobre utilidades. Eso es lo que hace falta.

Los millones de los que los tienen, esos son los reclutas que deben ir ahora de España á Cuba. Y nada de nueva deuda.

Los pobres han visto morir á sus hijos por defender á España. Nada más justo que ahora viertan la sangre amarilla los que la tienen.

Un hijo vale mucho más de seis mil reales.

Pongamos que de resultas de esa contribución, un *sportman* se quede sin caballo, un *fucar* sin coche.

Un hijo vale más que un alazán y que un vehículo.

Los pobres que han perdido su sangre en Cuba, por España, tienen perfecto derecho á que el sacrificio no haya sido inútil. Cuba vale hoy mucho más que hace tres años; se ha enriquecido, para nosotros, con toda esa sangre y todos esos huesos y todos esos dolores que no han podido salir en los periódicos.

Ahora sí que Cuba no debe perderse.

Soldados todavía hay bastantes; pero—lo dice quien lo sabe—hace falta mucho dinero. Mandarlo. No del Tesoro, que no lo tiene; no de los *judíos rojo y gualda*, que cuestan caros; dinero de los ricos, en impuesto progresivo, limitado, para no llegar al extremo de que v. gr., Comillas se quedara sin una lancha que pudiera decir que es suya.

Hasta ahora ha habido una desigualdad tremenda. Para unos la guerra ha sido luto de esos que ya ennegrecen la vida para siempre; para otros, para muchos... una renta saneada; y para los más... un folletín, un crimen célebre.

Es necesario que todos sintamos en la carne la guerra, y entonces podremos hablar.

Los que comemos sota, caballo y rey, debemos quedarnos, por amor á España, sin rey, v. gr. O sin caballo. O sin sota.

Y los que *abatén* en el *baccará* de la fortuna... que paguen los ochos y nueves dobles.

En fin, que pague algo todo el *paño... rojo y gualda*.

Clarín.

LO QUE HAY QUE SABER

Tenía don Juan Pérez de Carrizosa erudición tan grande, tan sorprendente, que ni en artes ni en ciencias había cosa que no la dominara profundamente.

Conocía las letras de los aqueos, las costumbres de Albania, Frigia y Cartago, y sabía la lengua de los caldeos mejor que el *Padrenuestro* cualquier monago.

Tras prolijos estudios y grandes luchas, ante los académicos leyó un trabajo sobre si un rey de Tiro gastó babuchas y la reina Semíramis chambra y refajo.

Descubrió del pasado cosas muy hondas, y, en fin, sabía historia de tal manera, que hablaba de Pelópidas y Epaminondas cual se habla hoy de Tejada de Valdosa.

De aquel sabio eminente la digna esposa estaba enfurecida como un demonio, porque el señor de Pérez de Carrizosa no se ocupaba nunca del matrimonio.

Él, solía decirle, desesperado oyendo sus protestas:—Tu enojo aplaca, que eres más corrosiva que el sublimado y más indomitable que doña Urraca.

La mujer, empachada de tanta ciencia, dejaba entre sus códices á su marido y, ansiosa de placeres é independencia, al malestar doméstico buscaba olvido.

Los hijos de este sabio, como su madre, se dieron al desorden más absoluto, haciendo mil locuras, mientras su padre censuraba la vida... de Casio y Bruto.

Mostraba en sus negocios tan poco seso que motivó la pérdida de sus caudales, y él, que contaba el oro que tuvo Creso, no hallaba en sus bolsillos ni cuatro reales.

Y, por fin, don Juan Pérez de Carrizosa en tan mísero extremo se encontró un día, que vió que era su historia la más odiosa de todas las historias que conocía.

Sin honra, sin dinero, sin un amigo, de extraños y de propios abandonado, sin nadie que le diera sombra y abrigo, murió, al fin, este sabio desesperado.

.....

¡Cuántos hay en el mundo que de este modo son hombres eminentes, pozos de ciencia, porque, á fuerza de estudio, lo saben todo... menos vivir con juicio, tacto y prudencia.

Rafael Corromé.

Nuestros ilustrísimos.

En este fin de siglo no puede representarse la actividad humana por el vapor, ni por la rápida difusión del pensamiento, ni aun siquiera por la electricidad. Únicamente D. Juan Martín de Miralrío y Torrente, funcionario público, orador, diplomático, diputado ministerial en otro tiempo, académico correspondiente, numismático y ponente perpetuo, puede darnos una idea aproximada de

esa actividad hecha carne y vestida de *mac-ferlanc* y sombrero de copa. Pues hay que añadir que, á pesar de tan diversos cargos, quédale tiempo para ser un excelente padre de familia y protector declarado de las dos ó tres cuñadas que acompañan á su mujer, las cuales señoritas se dejan ver en todos los espectáculos adonde acude gente distinguida, gracias á las innumerables y generosas relaciones de nuestro ilustrísimo D. Juan Martín. Y se hallaría en gran aprieto el inexperto cronista de estas fiestas teatrales, taurinas, musicales y de convite si no contara que entre las personas de más viso y distinción se encontraba á las lindas señoritas de Guadalar, cuñadas del ilustrado funcionario y numismático don Juan Martín de Miralrío y Torrente.

Si el citado cronista no las mencionase por cualquier motivo, no le faltaría al día siguiente la consabida esquelita de nuestro ilustrísimo señor, suplicándole encarecidamente que de un modo ó de otro subsanase tan grave falta. Por este conocido sistema, del que usa y abusa, sabemos los lectores de *El Contemporáneo*, del *Diario Oficial* y de *El Crédito Ibero* todo cuanto piensa, discurre, hace ó se propone nuestro personaje. Por ejemplo: ha sido nombrado ponente de la comisión encargada de la conservación de artes y monumentos para dar dictamen acerca de los recientes hallazgos de Medina Sidonia D. Juan Martín de Miralrío y Torrente.

Quince días después sabemos que D. Juan Martín de Miralrío y Torrente acaba de redactar la nota que ha de servir de base para la nueva organización del cuerpo de funcionarios públicos que se ha de presentar al Ministerio.

Y no pasará mucho tiempo sin que nos enteremos por otro periódico de que «la conferencia que se dará mañana en el magnífico salón del Comercio acerca del *bimetalismo* y *los nuevos cambios* está á cargo del ilustrado y competentísimo funcionario público don Juan Martín de Miralrío y Torrente».

Dos meses después, á lo más tardar, llega á nuestra noticia, á la hora del desayuno, que «ha salido para París, encargado de una comisión especial del Gobierno, el ilustradísimo numismático don Juan Martín de Miralrío y Torrente».

Y como estos elogios y recordatorios se suceden con más admirable precisión que los crecientes y menguantes de la luna, no dejará de preguntarse el lector sencillo como una codorniz que cae en el lazo: pero, señor, ¿quién será este Miralrío y Torrente? ¿Habrá hombre más ocupado ni más imprescindible en toda la Península? Es imposible que en medio de esta espantosa brega que se trae le quede tiempo para lamerse, digo, para rascarse...

Sin embargo, como no dudamos de que este caballero tan traído y llevado sea un personaje imaginario, sino de carne y hueso como cada *quisque*, nos proponemos dar algunos más detalles que acrecienten, si cabe, su ilustre personalidad. En efecto, este D. Juan Martín, que es una especie de hormigón con alas, incansable y activo como un demonio, logró, por mediación de su amigo y paisano Castro Reventós, un politicazo de tomo y lomo, el nombramiento de esa comisión que fué á París á elegir material para laboratorios. Como esta elección requería algún estudio y la señora de Miralrío no había estado en París, condescendió con que fuese en su compañía.

Instaláronse, pues, en una de aquellas grandes fondas del *boulevard des Italiens*, como personajes oficiales, y empezaron las visitas y los trabajos preparatorios. Para estar en antecedentes hay que confesar que el muy ilustre señor, á pesar de su actividad, resultaba algún tanto difuso y espeso en la acepción más lata de la palabra. Su aspecto físico concordaba en cierto modo con esta impresión personal, pues era grueso, morenote, algo ventruado y como si anduviera hinchado, escaso de pelo y abundante en grasa. En cambio, su señora, una cubanita aclimatada desde niña á los *Madriles*, graciosa y distinguida por naturaleza, con remuchísima labia y no poca trastienda, venía á ser *the great attraction* del conyugal domicilio, ó en otros términos, el espectáculo más atractivo y ameno de la casa. Ello es que mientras el marido iba á estudiar el material por esas fábricas de Dios, recibía su señora la visita de cierto ingeniero industrial, amigo de aquél, empeñado en enseñarle los diversos modos de la conjugación francesa: *que je m'ennuie, que tu t'ennuies, qu'il s'ennuie...* etc. Ciertos errores de pronunciación resultaban graciosísimos disparates en boca de la cabanita. Al parecer, todo ello carecía de malicia; pero las tales visitas, repetidas con alguna insistencia, llegaron á preocupar hondamente á nuestro ilustre numismático. Según malas lenguas, hasta los había sorprendido jugando al *baccarat*, como dos buenos puntos, juego prohibido y muy mal mirado, como todos sabemos. Otra cosa habría sido si ellos se hubieran ido á jugar á Mónaco, donde existe mayor libertad de acción, quiere decirse, de ruleta. En resumen: que tuvo que adelantar el viaje, y las notas, tomadas con bastante precipitación, le pusieron después en un verdadero conflicto cuando se presentó en el Ministerio. Fué un trance singularmente cómico: si no se excusaba con algunas razones fundadas en algo, mal, y si confesaba la verdad... peor. Gracias á que se hallaba bien agarrado á los faldones de Castro Reventós, que había sido subsecretario del ministro de Fomento y contaba con excelentes amigos en el Gobierno.

Pasado este apurillo, volvió nuestro alto funcionario á acariciar la ambición algún tanto añeja de hallarse al frente de una dirección. Corriendo de aquí para allá, pues era hombre que se metía por todas partes, hubo de oír, un día que estuvo en la Presidencia como ponente de cierta comisión, que en la nueva modificación ministerial que se preparaba entraría Castro Reventós. Quizás fué una indicación, una frase amistosa, cinco ó seis palabras pronunciadas en voz baja al oído de algún personaje al cerrarse las mam-

Atalajes femeniles.



Digan ustedes la verdad: si resucitara Adán, es un suponer, ¿se figuraría que esas eran sus hijas?

paras de un despacho... pero ello bastaba. ¡Qué intuición la suya para haber sabido con tanta anticipación que era aquel sol, al que ahora se arrimaba, el que más iba á calentar! ¡Qué suerte si la combinación política salía cierta! La sorpresa y la alegría inesperada dieron al traste con la acreditada discreción de nuestro diplomático, hasta el punto de espontanearse con su mujer:

—Esto, reservadamente, ¿comprendes, Cata? Pues yo creo que si la cosa cuaja... me calzo con la dirección. Todavía la combinación se encuentra en estado de nebulosa, ¿comprendes? no es un hecho, pero existe la posibilidad. Si este gran amigo y paisano mío vuelve á la subsecretaría, como me sospecho, será cuestión de tiempo y de oportunidad. Como será también cuestión de tiempo y de paciencia el que este Castro Reventós, que vale mucho, sea llamado el día de mañana á los consejos de la Corona...

—Pero si le llaman y no le eligen...

—Metafóricamente, mujer; quiero decir que si lo llaman á los consejos de la Corona es por ser ya ministro. Y entonces, *Deo volente*, ¿para quién sería la subsecretaría?...

En efecto, tres meses después de esta confidencia apareció en *El Crédito Ibero* el siguiente suelto: «Créese como probable que para una de las direcciones generales de Fomento se designe al ilustradísimo funcionario y hombre público D. Juan Martín de Miralrío y Torrente».

Pero nuestro ilustre D. Martín debía ignorar, por lo visto, de qué maderilla se hacen los políticos en España, y le falló la mala. Su amigo Castro Reventós no ocupó la subsecretaría y, por lo tanto, no hubo dirección. Al conocerse la verdad oficial, D. Juan Martín se tiraba de los pelos, quejándose amargamente de la falsía del elemento gubernativo.

—¡Qué lástima, Cata—exclamaba delante de su mujer,—qué lástima que no haya en Madrid otro monte Aventino para retirarnos á él todos los hombres imprescindibles y laboriosos de este desdichado país!

Y no obstante, cierto ingenioso autor de aquel entonces, que pensó escribir la segunda parte de *Cabezas y calabazas*, le dedicó los siguientes pareados:

Este archiilustre don Martín Torrente nació sin duda para ser prudente; y es hoy el tal, con títulos bastantes, uno de nuestros máximos danzantes.

José M. Matheu.

★
Libros.

América en fin de siglo, actualidades, sucesos, apreciaciones, semblanzas, datos históricos, por la baronesa de Wilson, obra de grandísima importancia, que yo hubiera querido hacer en España, ilustrada con muchos y muy notables grabados.

Naranjas de la China, colección de composiciones festivas de D. José Rubio Casellas, que revela en ellas gran donaire y no escasa soltura de verificador. Precio: una peseta.

La primera falta, interesante novelita del distinguido escritor D. Luis de Val, constituye el tomo 84 de la *Biblioteca selecta* que con creciente éxito publica la casa editorial de D. Pascual Aguilar. Cuesta, como los anteriores, 50 céntimos.

Almanaque-álbum de La Ilustración Española y Americana para 1898. Fama merecidísima gozan los almanaques de *La Ilustración*, y este del año próximo es una gallarda muestra del adelanto á que han llegado las artes tipográficas. No puede pedirse nada más elegante y más artístico. Del contenido no hay que hablar, porque firman los trabajos los más reputados pintores y literatos. Con todo y con eso, no cuesta más que dos pesetas.

★
CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Sr. D. E. M.—Celebro estar en un todo conforme con usted, porque usted es voto de calidad en el asunto y se ve que lo conoce á fondo y lo ha estudiado sobre el terreno.

Jovial.—Vulgar y... mediano. El tercer verso, el que dice:

«Crees tú, mujer, que olvido el beso»

se ha quedado demasiado cojo.

Sr. D. J. B. V.—Lo que hay es que entrambas pican como tábanos. Aquello de los cuernos no se puede decir así, tan en crudo.

Pocapena.—Todas quieren ser picarescas y todas resultan inocentes, cuál más, cuál menos. Lo de *mundo universal* está mal dicho; porque mundo es una cosa y universo es otra.

Un lector del MADRID CÓMICO.—Se agradece la intención, pero, como usted comprende, es demasiado *bonbo* ese para que lo mande á la imprenta yo mismo.

R. que R.—¡Oh qué suerte *mes bona!*

¡Encontrar un guasón en Barcelona!

Sr. D. M. B.—Publicaré el primer cuarteto:

«SONETO

A UNAS BOTAS

Por nueve pesetas las compré,
mi capital me gasté en unas botas
y las ingratas se bolbieron rotas
y tirarlas fué lo que pensé...»

Y bien sabe Dios que no publico lo demás por... falta de espacio. Porque esos ejemplos son los que necesita precisamente la juventud estudiosa.

Racónico.—Podría ver la luz pública en el último número de este año, y entonces sería de oportunidad; pero como lleva los índices y las advertencias, me voy á ver negro para que quepan los trabajos de los redactores.

La púdica Betsabé.—¡Qué lástima que esa oda al toro, emblema de España, como usted dice, no pueda publicarse con brillantitos pequeños en vez de letras!

Fray Cualquiera.—No puedo aprovechar ninguna de las dos. Gracias por la felicitación.

Un pelotari.—En algunos versos faltan sílabas y en algunas palabras faltan haches.

Sr. D. A. M.—¡Ah! ¿Conque esas tenemos? ¿Conque el antiguo cabecilla Marcos García, convertido en gobernador por obra y gracia de Moret, inaugura la era de prosperidad *suspendiendo* periódicos? ¿Y precisamente los periódicos que defienden á España? ¡Era de esperar! Pero deje usted, que si ahora cuelga periódicos, luego colgará españoles. Para eso se baten los soldados en la manigua.

XXX.—Por mi gusto elegiría algunas, pero... ya no tengo dónde insertarlas. La solución en el número próximo.

Sr. D. F. G.—El romance es un poquito pedestre. Hay que levantar algo más el estilo.

P. P. T.—Hay que tener cuidado con las concordancias, porque no se puede decir «hay *hombres capaz* de...» Tiene que ser *hombres capaces*, pero entonces se echará á perder el verso.

El Mengue.—¡Ay! ¡se ha dicho tanto de los sombreros exagerados de las señoras!

Sr. D. V. C.—Los versos dedicados á *ella*, como ya he dicho muchas veces, no pueden interesar á nadie más que á *ella* misma, aunque estén bien hechos, como los de usted. Guardaré su carta como recuerdo. ¿A que no sabe usted por qué? Porque es la última á que contesto... ¡después de haber dado respuesta en mi vida á muchos millares!

PLUMEROS, CEPILLOS, GAMUZAS

SACUDIDORES DE JUNCO Y DE ORILLO

HULES PARA MESAS Y VASARES

Completo surtido y precios ventajosos.

BRILLO PARA PAVIMENTOS

EL MEJOR Y EL MÁS BARATO

BURLETE

A DIEZ CÉNTIMOS METRO

HIJOS DE M. GRASES.—Fuencarral, 8.

CONSERVAS

DE

AVES, CARNES, PESCADOS Y MARISCOS

MARCA

LA NOYESA

EXQUISITOS CHOCOLATES DE CACAO

JUAN SOUTO CHAS É HIJO.—SANTIAGO

Calzado marca triángulo.

A. SOUTO.—Mayor, 86.—MADRID

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS

COGNACS SUPERFINOS



JIMÉNEZ Y LAMOTHE

Málaga.—Manzanares.

CHOCOLATES Y CAFÉS

DE LA

COMPañÍA COLONIAL

TAPIOCA—TÉS

10 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

DEPÓSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

Precios de suscripción.

MADRID.—Trimestre: 2,50 pesetas; semestre: 4,50; año: 8.

PROVINCIAS.—Semestre: 4,50 pesetas, año: 8.

EXTRANJERO Y ULTRAMAR.—Año: 15 pesetas.

En Provincias no se admiten por menos de seis meses y en el Extranjero y Ultramar por menos de un año.

Empiezan en 1.º de cada mes y no se sirven si al pedido no se acompaña el importe.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles y certificando en este último caso la carta.

Precios de venta.

Un ejemplar, con el suplemento correspondiente, 15 céntimos.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos cada ejemplar.

Un suplemento, 10 céntimos.

A los corresponsales, 6 céntimos.

Los ejemplares de números atrasados se servirán sin aumento alguno de precio.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el envío del paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

Redacción y Administración: Peninsular, 4, primera derecha.

Teléfono núm. 2.160.

Despacho: Todos los días de 10 á 2 y de 4 á 6.

MADRID.—Imprenta de los Hijos de M. G. Hernández, Libertad, 16 dup.º